

REGISTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HISTORICA.

APROXIMACIÓN A UN EJEMPLO LITERARIO



UNIVERSIDAD ARTURO PRAT

Dora Cajías K.*

Este trabajo está en la línea de las provocaciones y lejos de dar conclusiones o respuestas, transita todavía de modo exploratorio en búsqueda de apoyos conceptuales que le permitan no sólo postular sino comprobar la importancia de los registros culturales como material complementario y enriquecedor de las investigaciones historiográficas.

Actualmente podemos sentirnos más tranquilos porque existen varias iniciativas para revertir o por lo menos modificar en parte, las intencionalidades con las que tradicionalmente se ha impartido la enseñanza de la historia en nuestros países. En general, ésta no ha contribuido a fortalecer la comprensión, el respeto y la tolerancia para profundizar una cultura de paz sino que por el contrario ha fomentado sentimientos nacionalistas negativos, perpetuando viejos rencores y exacerbando diferencias más supuestas que reales.

* Fundación Húascar Cajías

En gran medida las versiones difundidas corresponden a la historia oficial de fuerte carga política que poco o nada toma en cuenta las corrientes de opinión, los imaginarios y las memorias colectivas que tienen su propia versión de la Historia, invalidada de antemano por falta de apoyo o sustento de fuentes.

Y es que a diferencia del tipo de fuentes que se utilizan para estudiar los aspectos políticos, sociales, demográficos o económicos - que sin duda son imprescindibles para garantizar el rigor de una investigación- se debe admitir la existencia de otros «registros» que están en el plano cultural y que si bien no son suficientes para explicar los hechos por sí solos, son importantes para complementar, contrarrestar o relativizar sobre todo aquellas versiones que se pretenden inequívocas en su interpretación de algunos episodios o personajes históricos.

Al decir plano cultural me refiero a las manifestaciones y expresiones artísticas, a la tradición oral y a la memoria colectiva que interpretan o registran la Historia con la libertad que dan la creación y la imaginación, por un lado, y la falta de condicionamientos y exigencias interesadas, por el otro.

Es un registro sin duda más sutil y complejo porque reelabora un sistema de referencias y alusiones indirectas y de analogías muchas veces no del todo conscientes pero que a diferencia de los documentos o fuentes tradicionales permite acceder a un plano diferente: el de los sentimientos, las intuiciones, los imaginarios y memorias que buscan expresarse de alguna manera ya que casi siempre son el material deleznable de las investigaciones rigurosas y objetivas, en la medida que esto sea posible, y de las versiones oficiales.

Ya la Historia de las Mentalidades propuso en su momento un método de enfoque cuyo objetivo sea el estudio convergente de las estructuras mentales, la sensibilidad, el inconsciente colectivo y el imaginario porque consideró que todos ellos remiten de manera privilegiada al recuerdo, a la memoria y a las formas de resistencia. (Vovelle 1985:15).

Por su parte la Antropología ha considerado la importancia de la realidad imaginaria y califica a la Literatura como fuente no sólo secundaria sino primaria para sus investigaciones. Y ya se tiene una rama llamada Etnoliteratura que se ocupa del espacio verbal compartido por imaginación, memoria y palabra.

Y por supuesto, también en las investigaciones historiográficas se ha incorporado el estudio de la Literatura, partiendo de la idea de que « cuando un libro deja de ser considerado exclusivamente como producto literario y se lo observa como testimonio de individuos que expresan mediante analogías sus sentimientos, tendencias, modos de experiencia y conducta, se logra entender mejor la ideología de las personas y su entorno (Irurozqui 1994:154).

De modo que hasta aquí no hay nada novedoso en mi propuesta; más bien un intento de refrescar lo que se ha venido haciendo en proyectos interdisciplinarios que buscan investigaciones de carácter más integral. Mi propuesta es mucho más puntual y concreta: Hablar de las posibilidades que ofrece la Literatura, en particular la novela en un espacio definido como es el de nuestra región.

Carlos Fuentes dice que la novela ni muestra ni demuestra el mundo, sino que añade algo al mundo; crea complementos verbales del mundo y disuelve fronteras situando a los novelistas

más allá de las nacionalidades, en la tierra común de la imaginación y la palabra.

La novela constituye así otra realidad, visible sólo a partir de la escritura y concilia sus funciones estéticas y sociales a partir del descubrimiento de lo no dicho, de lo olvidado o de lo marginado configurando o redefiniendo una historia a partir de versiones alternativas, imaginativas y poéticas.

La novela es más que respuesta, pregunta indagación y cuando se relaciona con la Historia es más evocación de ésta que análisis.(Fuentes 1993: 19-23).

Ciertamente no es confiable como fuente de investigación si se quiere obtener de ella información de datos exactos y concretos; pero lo es si se asume como ya lo han hecho varias teorías y criterios epistemológicos en sentido de que también es posible acceder al conocimiento mediante la imaginación. Por lo tanto si partimos de esa premisa y aceptamos que la novela, además, no sólo es el encuentro de personajes, sino de lenguajes y de tiempos históricos, coincidiremos en considerar que ésta se constituye en una excelente posibilidad de expresión simultánea de una red de interrelaciones, de desplazamientos de fronteras espaciales y temporales en que convergen lo individual y lo social, lo propio y lo ajeno, lo pasado y lo presente y en que se recrean tensiones irresueltas, se recuperan los planos de lo simbólico e imaginario y se incorpora todo este material sólo obedeciendo a ritmos y causalidades autónomas.

Sólo para poner unos ejemplos, recordemos la novela Los Miserables de Víctor Hugo que nos permite conocer a través de su visión de la Batalla de Waterloo y de la Revolución de 1830 otro tipo de datos que la Historia oficial no habría

consignado. Más allá de su inocultable bonapartismo, Víctor Hugo recupera imágenes atrapadas por el imaginario colectivo que le permiten interpretar y transmitir la Historia de un modo distinto.

De la misma manera en nuestro continente, Alejo Carpentier, por ejemplo nos relata un episodio de la Historia de Haití en su novela *El reino de este mundo* que no se agota en la tiranía de Henry Christophe sino que recupera una visión mucho más vasta de la cultura afroamericana.

Es cierto también, y no debemos olvidarlo, que muchas veces se ha instrumentalizado a la Literatura. Pensemos en tantas novelas que explicitaron y justificaron su intencionalidad de producir discursos ideológicos y formar corrientes de opinión comprometidas con una u otra causa. Pero esa actitud despertó y todavía despierta suspicacias porque la Literatura en esos casos desvía su cometido planteando tesis políticas y sociales a costa de sacrificios imperdonables de su función estética. Y es que la novela, sin duda, fue y es el género literario que más fácilmente puede ser manipulado.

En la actualidad, nuestra vigorosa Literatura Latinoamericana demuestra su mayoría de edad alejándose de las consignas y dogmas pero no de las preguntas y cuestionamientos que le permitan recrear de manera distinta nuestra memoria histórica.

Hace muy poco se ha publicado un libro que reúne cuentos bolivianos y paraguayos sobre la Guerra del Chaco. Es fácil concluir en que ambos países maduramos la idea de una guerra absurda que enfrentó a hermanos, que debilitó aún más a países de por sí muy pobres y atrasados, que los ejércitos estuvieron en gran parte compuestos por hombres sin

convicción bélica y que la naturaleza fue tan adversa como los gobernantes y los intereses que ellos perseguían.

Es una experiencia que se propone reconfigurar un pasado común y desterritorializar los sentimientos para que no haya vencidos ni vencedores, para que las batallas gloriosas para unos no sean indignas para los otros, pero sobre todo para que sea posible construir una visión compartida de una experiencia que ya no polarice ni ahonde divisiones sino que asuma las vivencias de individuos, válidas no por su grandeza ni heroísmo, sino por su esencia humana.

La Guerra del Pacífico hasta donde se sabe, ha dejado en cambio, dos países con imaginarios y realidades enfrentadas. Vencidos y vencedores, triunfo y derrota, son polarizaciones que no permiten la superación de nuestras diferencias.

Ya nadie parece recordar que la región de Atacama y el Litoral, incluyendo Tarapacá, estuvieron en tiempos precolombinos bajo el dominio e influencia de las culturas altiplánicas con las que compartió origen y territorio, porque se ha configurado un imaginario en el que las coincidencias y similitudes no son consideradas y en cambio las diferencias aparecen sobrevaloradas.

Pero, si estamos aquí reunidos es porque deseamos borrar las fronteras exteriores e interiores y modificar las imágenes atrapadas que no han permitido, hasta ahora, la reconciliación fraterna previa para cualquier entendimiento.

Ya en su primera novela Hernán Rivera Letelier, muestra su propia versión del norte chileno, de la pampa salitrera, distante y ajena a la realidad de la capital y las grandes ciudades y refuerza las especificidades de la región.

La reina Isabel cantaba rancheras recrea el mundo de las "oficinas" mineras y muestra una cara que nada tiene que ver con la imagen primer mundista que proyecta este país. Rivera se incorpora así a una tradición literaria extendida a lo largo del siglo XX, centrada en el ciclo del salitre, su decadencia, el mundo de las oficinas y la pampa y que arranca ya en 1903 con la novela Tarapacá, de corte decimonónico, de abierta posición política y adscrita más a la técnica documental e historicista que a la estrictamente literaria. En el libro Historia y ficción literaria sobre el ciclo salitrero en Chile de Pedro Bravo y Bernardo Guerrero se confirman datos que las novelas de Rivera recrean en el plano de la ficción.

Iquique como puerto principal de embarque, una vez explotada la riqueza salitrera, fue constituyéndose más como colonia extranjera que nacional, especialmente durante cierto período de su historia. Al iniciarse el siglo XX gran parte de la población estaba conformada por ingleses, alemanes, peruanos, bolivianos y un gran número de chinos empleados en la industria y el comercio.

La concentración proletaria reunió trabajadores chilenos, peruanos y bolivianos que eran en gran parte soldados sobrevivientes de la Guerra del Pacífico, y que más allá de los resultados militares de la guerra y el desplazamiento de las fronteras geopolíticas, compartieron un sistema de vida común que más bien acentuó las diferencias regionales.

La incorporación de las provincias de Tarapacá y Antofagasta al territorio y economía chilenas, no logró borrar «automáticamente» las especificidades de la región, posiblemente se las ignoró. Pero, en cambio, la Literatura ha conseguido recuperarlas indagando en la memoria histórica,

muchas veces catalogada como “contracultura” pero que en realidad era y es una esencia sutilmente registrada en movimientos culturales como los que hoy pretendemos desentrañar.

“Fatamorgana de amor con banda de música”, del mismo modo que la primera y las siguientes novelas de Hernán Rivera Letelier, sitúa su acción en la pampa y sus pueblos abandonados en el desierto y narra la historia de un amor entrañable y conmovedor que crece entre arengas anarquistas y pentagramas musicales. Pero lo fundamental para justificar este trabajo es el episodio que tiene referencias a la Guerra del Pacífico.

Muestra en el relato que el imaginario colectivo, en lo que se refiere a esta región, no ha registrado la versión triunfalista de la guerra, en la que los efectos negativos se asociaban sólo al sector derrotado. Se recupera el sacrificio y el dolor de los soldados y esa memoria muestra, por lo tanto un imaginario desconocido o por lo menos marginado.

La tropa chilena enfrentada al hambre y la desintería que diezmó varias filas de los batallones Chillán y Caupolicán en la Campaña del 79, sufre además la inclemencia climática del infernal sol del desierto y la falta de agua.

“La primera vez que Candelario Pérez se murió de sed fue durante la campaña del 79, un infernal día de febrero en pleno Desierto de Atacama. Todo sucedió en una escaramuza bélica en las pampas de San Antonio, al interior de Iquique, a pocos meses de haber llegado al norte enrolado de voluntario en la tercera compañía del Batallón Chillán.

Corría el mes de septiembre de 1879 cuando el joven Candelario Pérez, campesino de diecinueve años, oriundo

de Lirquén, hijo natural y huérfano tempranamente, se vino de campaña al norte junto a su amigo de infancia, Hipólito Gutiérrez.

De Chillán viajaron en tren hasta Quillota. A esa ciudad llegaron justo el día cuando el batallón del Regimiento Lautaro partía cantando hacia el norte, hacia la guerra.(...)

Ya internados en las pampas salitreras, pegados a las ventanillas de los vagones, sintiendo la sequedad del aire como un tablazo en la piel de la cara, los soldados iban deslumbrados por el color mineral de los cerros y la reverberación alucinante de las arenas. Nacidos todos ellos en verdes pueblos sureños, hallaban que el paraje de la muerte por el que cruzaban en esos momentos debía pertenecer sin duda alguna al desierto más seco del mundo. La infinitud espejeante de los horizontes los empavorecía. A media tarde pasaron por la pequeña oficina Noria. Allí, grupos de obreros trabajando a macho y barreta bajo la fiera implacable del sol de la pampa, los avivaron agitando en alto sus sombreros.(...)

Desde esa pequeña estación sin nombre, perdidos en medio del desierto, emprendieron la marcha a pie hacia el interior, equipados y cargados con toda la parafernalia de la guerra; la cama mochila a la espalda, el rifle terciado al hombro, la caramayola atada a un costado, el morral lleno de balas al otro, los víveres que les habían repartido a cada uno para dos días y todo el enredo e incomodidad que constituía la fornitura de su uniforme. Partieron con la fresca de la tarde y caminaron hasta que se apagó el último rescoldo de arrebol en el horizonte. Luego de descansar un rato, siguieron caminando a duras penas por esas erosionadas arenas salitrosas. Caminaron toda la santa noche. Caminaron sin dormir una sola pestañada y sudando como caballos. Era tanto lo que sudaban al caminar, que la tierra

levantada por el viento, además de pegarse en la cara y entrar en los ojos, les reseca la garganta haciendo aún más inaguantable la sed terrible que ya comenzaban a sentir. El agua se les había acabado a medianoche y la orden perentoria era caminar y caminar. Todo el batallón llevaba los pies abollados y las botas de cada uno se veían lastimosamente despedazadas.

Cuando al fin clareó, los soldados no se reconocían entre ellos por el barro seco que les cubría la cara. Sin siquiera darse un respiro, siguieron la marcha ahora bajo la inclemencia de un sol cada vez más al rojo blanco. El cansancio de la caminata y el calor del planeta recalentado que emanaba de la tierra los consumía brutalmente. Para rematar el cuadro, en esa parte del desierto se habían librado algunas batallas recientes y los campos que cruzaban se hallaban sembrados de cadáveres sin sepultar y el aire apestaba como los demonios. Algunos soldados desesperados se acercaban a los muertos, la mayoría de uniforme enemigo, para ver si en sus caramayolas les quedaba una gota de agua. Otros les arrancaban las botas un poco menos destrozadas que las suyas, y se las calzaban sin importarles para nada su hedor estomagante.”(Rivera 1998:155-167).

Basta un capítulo de esta novela para mostrar otro registro de un episodio compartido por Chile y Bolivia pero asumido en polarizadas interpretaciones por cada país.

Despertar sentimientos de solidaridad y empatía por quienes estaban registrados como los despojadores en quienes fuimos despojados, es señal de que podemos por lo menos intentar conocer estas otras versiones contenidas en una memoria poco accesible pero muy necesaria para que específicamente desde esta región rediseñemos y reconceptualizemos un sistema de argumentaciones de ida y

vuelta que nos permita superar las hasta hoy insalvables diferencias, hermanados en un horizonte común en el que escribamos otra historia que tenga que ver más con la realidad que con la ficción.

BIBLIOGRAFÍA

- Bravo Elizondo, P.** *Historia y Ficción Literaria sobre el Ciclo Salitrero*
Guerrero Jiménez, B. *en Chile*. Ediciones Campus. Universidad
2000 Artruro Prat. Iquique.
- Coello, C.** *Doce Cuentos de la Guerra del Chaco*. Selección
Vera, H. y Crítica. LOM Editores Colección Letras del
2000 Mundo. Santiago.
- De la Fuente, M.** *Una Antropología de lo ¿Imaginario?*
Hermosilla, M.A. Servicio de Publicaciones de la Universidad de
1997 Córdoba. Argentina.
- Fuentes, C.** *Geografía de la Novela*.
1993 Fondo de Cultura Económica, Tierra Firme.
México.
- Irurozqui, M.** *La Armonía de las Desigualdades*.
1994 Bartolomé de las Casas. Cusco, Perú.
- Rivera Letelier, H.** *Fatamorgana de Amor con Banda de Música*.
1994 Ed. Planeta. Santiago de Chile.
- Vovelle, M.** *Ideología y Mentalidades*.
1985 Ariel. Barcelona, España.